

calculable, pues la distancia que acaso necesitaria mucho tiempo para recorrerse por los caminos ordinarios, puede ser andada por medio de aquellos en pocas horas, proporcionando asi un bien inmenso al comercio en general y á los habitantes del país que los posee. En particular su uso, generalizado hoy en toda Europa y en los Estados-Unidos, prueba su importancia y las ventajas que de ellos se derivan.

Al principio los carriles se formaron de madera, y sobre estos corrían las ruedas de los carruages, tirados entónces por animales; esta era una perfeccion con respecto á los caminos ordinarios, pues disminuyéndose la resistencia, con la misma fuerza se podia conducir un peso mucho mayor: se construian colocando á lo ancho del camino y á distancia de tres ó cuatro piés una de otra, piezas de madera, para las que se elegia la encina por ser la mas dura: estas tenian desde cuatro hasta ocho pulgadas de cuadratura, y se labraban en sus extremos para colocar sobre ellas otras que seguian la direccion misma del camino, y sobre las que descansaban las ruedas de los carruages.

La circunstancia de que la madera estuviese sujeta á romperse al poco tiempo de usarse, hacia que sin embargo de sus ventajas fuese todavía muy imperfecto este medio de comunicacion: se formaron tambien los carriles de piedra labrada; pero tenian siempre las desventajas de los de madera. La esperiencia enseñó, por fin, que el mejor material es el hierro, y de este metal se construyen hoy, aplicando ademas la fuerza del vapor para mover, no un carro, sino un tren compuesto de seis, ocho y aun mas.

Al principio se hicieron los carriles de hierro colado; pero como este metal es tan quebradizo, tenian que reponerse con mucha frecuencia, y solian ademas ocasionar desgracias en los carros que corrían por encima de ellos, en razon de que las ruedas saltaban al tropezar con las roturas, á causa de la mucha velocidad con que caminan, y por esto se substituyó el hierro forjado, que es el que se usa hoy generalmente.

Las varas formadas de este material tienen de doce á quince piés de longitud, y descansan sobre unos apoyos de piedra colocados á distancia de tres ó cuatro piés uno de otro. La figura de estas varas ó carriles ha sufrido diversas modificaciones. Cuando se comenzaron á usar, tenian una parte saliente en el lado exterior para confinar asi al camino á las ruedas que entónces eran planas; pero como con esta figura contenian el polvo y formaban lodo, oca-

sionando asi una parte de los defectos que se habian querido evitar, se formaron planos, y las ruedas fueron las que tuvieron las partes salientes en su lado exterior, lo cual hace que se mantengan siempre sobre los carriles. Estos se hicieron planos en su parte superior, conforme se ha dicho; pero se redondearon sus aristas, para oponer de este modo ménos resistencia á las ruedas de los carros. La union de dichos carriles se efectúa por medio de una parte saliente, dejada en una de ellas, que entra en una hoquedad practicada en el otro, y afirmado con tornillos que los atraviesan, ó cortándolos oblicua é igualmente, ya en linea recta ó curva, y afirmándolos siempre con tornillos.

En algunos países, por principios de economía, no se forma todo el carril de hierro, sino que se colocan á lo ancho barras de madera, sobre las que descansan otras en la misma direccion que debe seguir el camino, y encima de estas últimas se coloca una plancha de hierro de una pulgada ó poco mas de espesor, sobre la que corren las ruedas.—RR.

EL CLAUSTRO.

A MI AMIGO GUILLERMO PRIETO.

EN densas sombras la callada noche
Envuelve el solitario Monasterio
Que á los cielos su cúpula levanta;
¡Puerto de salvacion, morada santa
Donde reinan la calma y el misterio!
No se mira al través de sus cristales
Humear el incienso sacrosanto
Que hasta el cielo se eleva silencioso,
Ni del austero Monge se oye el canto
Del órgano al concento sonoro.
En dilatado cláustro, allá á lo léjos,
Lámpara opaca misteriosa brilla,
Alumbrando con pálidos reflejos
La imagen de la Virgen sin mancilla.
En frágil vaso, cándida azucena
Ofrece su blancura y su fragancia
A la que enjuga del mortal el lloro,
A la que en nube de violeta y de oro
Lleva al Señor las preces de la infancia.
Por el hermoso cuello de María
Baja en rizos la suelta cabellera,
De amargo duelo la espresion descubre
La escasa luz que su semblante baña,
Reflejando en la lágrima de angustia

Que pendiente quedó de su pestaña.
Ante la imagen santa arrodillado,
Viejo monge se inclina reverente
Y eleva su oracion con fe encendida;
Entre sus canas la prudencia anida,
La calma en las arrugas de su frente.

¡Virgen de bendicion, cuyos altares
Con tierno lloro el desvalido riega!
¡Cándida Virgen cuya voz sosiega
De la afliccion los turbulentos mares!

Eres astro que luce solitario
De negra noche entre el horror profundo;
La prenda de consuelo que dió al mundo
Jesus, al espirar en el Calvario.

Voló un cabello de tu sien divina,
Y ornó el iris el vasto firmamento;
Una lágrima tuya llevó el viento,
Y fulguró la estrella vespertina.

„Oye Señora, benigna,
La voz de este pobre anciano,
Que con su trémula mano
Incienso tu santo altar.
Tú que cual ninguno sabes
Lo que es de madre el cariño,
Sé amparo de un tierno niño
Que gime en triste horfandad.”

„Abandonolo inhumana
Su madre, pálido, yerto:
¿Qué puede en vasto desierto
Aislada la tierna flor?
Mas tú el árbol sacrosanto
Serás, que al pimpollo tierno,
Preserve del crudo invierno
Y del furioso aquilon.”

„Yo le enseñaré, Señora,
Tu nombre dulce, armonioso,
Y él con lábio candoroso
Su madre te llamará.
Y te mirará estasiado
Sonriéndote inocente,
Y ofrecerá reverente,
Lirio y jazmin en tu altar.

„¡Diosa del amor cristiano!
¡Joya la mas peregrina,
De la diadema divina
Que orna del Señor la sien!
Oye el ardiente suspiro
Que fe poderosa inflama,
De este viejo que te ama
Desde su tierna niñez.”

„Recibe bajo tus alas,
Paloma blanca y sencilla,

Esa huérfana avecilla
Que busca refugio en tí.
Y con mas tranquilo curso
Que sesgo y diáfano rio,
Llegaré con el pié mio
De la existencia al confin.”

Las doce son! . . . la voz de la campana
A los varones de virtud ejemplo,
Convoca á la oracion; iluminado
Se vé resplandecer el santo templo.
Ya se mira al través de sus cristales
Humear el incienso sacrosanto
Que hasta el cielo se eleva silencioso,
Y del austero Monge se oye el canto
Del órgano al concento sonoro.

Diciembre 14 de 1845.

JUAN N. NAVARRO.

BIBLIENE.

QUE COSA SEA Y SU IMPORTANCIA.

Colocados los seres organizados en relacion con todos los cuerpos que los rodean, se ven amenazados continuamente por innumerables agentes que tienden á destruirlos, y como si su organizacion hubiese robado sus elementos á la naturaleza inorgánica, esta trabaja por recobrar lo que era suyo, presentándoles por todas partes y sin interrupcion fuerzas tenaces é irresistibles, que no cesan de obrar sino cuando han arrancado una á una todas las partículas de que estaban compuestos, y las han vuelto á su estado primitivo.

El hombre, aquel cuya organizacion es mas complicada, mas bella, mas perfecta, se aleja mas de la naturaleza bruta, y esta, como envidiosa de su enemigo, parece que despliega todo su poder para despojarlo de sus riquezas.

Sin embargo, el hombre, como todos los seres organizados, se ve dotado de fuerzas capaces de resistir á su disolucion por una parte, y por otra de reponer las pérdidas que sufre en estos no interrumpidos ataques, en los que se ve á veces pasageramente oprimido, y otras desordenado despues de haber agotado sus esfuerzos en contrarestar un acometimiento repentino, hasta que debilitado por el tiempo, se sobrepone á su adversario, y lo destruye enteramente.

He aquí el origen de las enfermedades que nos afligen, y que, debilitándonos cada vez mas, nos hacen experimentar padecimientos y privaciones de todos géneros, como si no

tuviésemos ya bastantes motivos de penas domésticas y públicas que desgarrasen el corazón.

Mas hay una ciencia amiga, que tiende al hombre desgraciado una mano compasiva, para alejarlo de los precipicios á cuya orilla se encuentra á cada instante, para guiarlo por los escabrosos caminos que se ve precisado á recorrer, en fin para conservar el inestimable tesoro de la salud; pues bien, de esta ciencia benéfica nos ocupamos en este momento.

No hay ser organizado que no se vea precisado á someterse á sus reglas, so pena de verse conmovido en sus elementos, y todos las siguen como por instinto. La madre cariñosa cuando envuelve á su hijo querido en suaves mantillas de abrigo para resguardarlo de los rigores del invierno, el jóven que gradualmente desafia todas las intemperies de las estaciones para despreciarlas en lo de adelante, el anciano que se espone á los rayos vivificadores del sol para dar vigor á sus frios y entumecidos miembros, el cuadrúpedo que se proporciona frescas guaridas en el estío y calientes en la estacion brumal, el ave que recorre el mundo con la primavera, y finalmente el vegetal que nace en lugares apropiados á su organizacion, ya escondiéndose en los abismos del mar, ya desplegando sus robustas ramas en las cimas de elevadas montañas, no hacen sino seguir las reglas que les ha inspirado la misma naturaleza, no hacen sino colocarse en las circunstancias mas favorables para la conservacion de su salud, objeto final de la higiene.

Mas es necesario fijar la atencion en algunas consideraciones importantes sobre esta ciencia; así pues generalmente se creen seguidos sus preceptos cuando se han evitado las agresiones de los demas cuerpos; error craso y de consecuencias funestas para el que está imbuido en él. ¿Qué, el rico que vé deslizarse los dias del invierno, sin sentirlos, en piezas cerradas con cristales y cortinas, alfombradas, cubierto de pieles y recostado en blandos sofás, este hombre, digo, estará ménos espuesto á ser presa de las enfermedades, que el labrador que ha dado á sus órganos el vigor suficiente para resistir las intemperies? No, el primero, de la misma manera que la flor que ha arrancado del campo, y que adorna sus salones, colocada en doradas vasijas, está sin vigor, marchito, y pronto á ceder al soplo mas leve; mientras el segundo, semejante á la robusta encina, desafia no solo los rigores del frio, sino los de los vientos y las llúvias, y aun en la ancianidad lleva impresas las señales de

la robustez. Nuestras damas, criadas en los salones con todas las comodidades de la vida, huyendo siempre las influencias de la atmósfera, pierden desde luego su frescura, los colores las abandonan, y temiendo presentarse á la claridad del sol, buscan la triste y amarillenta luz artificial, procurando ocultar su marchitez con repugnantes afeites. No así la aldeana fresca y vigorosa que, levantándose con la aurora, sale llena de vida á competir con el resto de la naturaleza en hermosura y lozanía. No hay duda, es mas hermosa la flor del campo que la de los salones.

De aquí nace precisamente la regla de procurar robustecernos lentamente para esponernos sin temor á la accion de lo que nos rodea, pero sin caer en el extremo opuesto: el que haya recibido de la naturaleza una constitucion fisica delicada, no se esponga desde luego á la accion de los rayos solares, de la llúvia, etc.; sométase gradualmente á su influencia, y terminará por no hacerle impresion alguna, como no le hace al que ha crecido en medio de los campos.

Por tanto, las reglas de la higiene deben seguirse, no por un dia ni por un individuo solamente: cualquiera que desprecie sus leyes recibirá el castigo de su desobediencia, y si persiste durante largo tiempo en su obstinacion, comprenderá á sus hijos en la misma pena y destruirá su descendencia, pues que la naturaleza no quiere individuos inútiles y estenuados.

¿Quién será capaz de ver con ojos enjutos el resultado de sus desórdenes en los padecimientos de sus hijos, que nacen para alimentar esperanzas en sus primeros años, y morir en su edad mas florida, ó lo que es aun mas doloroso, que tienen que soportar por toda su vida las incalculables molestias de la enfermedad! ¿Sabeis, por ventura, lo que es estar enfermo? es padecer toda clase de tormentos, no gustar un momento de tranquilidad, estar lleno de necesidades, estrañas á los demas hombres, y por lo mismo difíciles de satisfacerse, no poder entregarse á ninguna especie de distraccion, pues la lectura, los paseos, las diversiones de todos géneros y aun la conversacion con los amigos todo está negado al pobre enfermo, y que los demas hombres no comprenden sus padecimientos, y aun le niegan la compasion.

Qué importancia tenga esta ciencia, se deduce de todo lo espuesto. Su influencia se estiende á todos, y la observancia de sus preceptos es una de las principales fuentes de la felicidad de los pueblos y de los individuos. La buena madre, robusteciéndose á sí misma, dará á su hijo desde sus entrañas una salud que será

envidiada de todos, y este no cesará de bendecir al ser benéfico que con la existencia le dió una salud sin quebranto. El padre, solícito de la felicidad de sus pequeñuelos, fortalecerá sus delicados órganos con el trabajo, desarrollando á la vez su fisico y su inteligencia, habituándolos desde temprano á prácticas saludables, inclinándolos á aquellas ocupaciones que podrán soportar en lo de adelante. Sí, esta es una obligacion sagrada de los padres, porque, ¿qué desgracia mayor para un hombre que encontrarse cuando ya no es posible retroceder, obligado á dedicarse á una especie de trabajo superior á sus fuerzas, y que indudablemente lo arrastrará á la tumba ó lo condenará á la mendicidad? Este hombre infeliz volverá la cara por no ver á la vida y será del número de los que sonrien á la muerte. ¿Y habrá alguno que despues de mirar esta pintura, no se dedique á esta ciencia bienhechora y descuide de la salud de los seres que dependen de él? ¿Qué desconsolador es tener que responder á una pregunta de esta clase con un amargo sí! Porque existen hombres que olvidando la especie á que pertenecen, se imaginan criados para atormentar á los demas, que cegados por las pasiones no se acuerdan sino de satisfacer sus deseos, aun cuando sea con menoscabo de sus semejantes, finalmente que disipan la felicidad de sus descendientes, de que son depositarios, por gustar de momentáneos placeres. Mas afortunadamente un número no corto oírá con interes nuestros avisos, y dedicándose á la higiene recibirá desde luego el premio debido á sus desvelos, y llenará el objeto de los que esto escribimos.

La higiene, por tanto, debería enseñarse al mismo tiempo que la moral, porque despues de formar la parte intelectual, nada llama la atencion mas que el desarrollo del cuerpo, que está tan intimamente unido con el espíritu, que no puede este dar un paso si aquel está débil y estenuado. El hombre no puede cultivar su entendimiento si su cuerpo no está sano; un dolor, una molestia fisica de cualquiera especie es enemiga del pensamiento; la imaginacion, la memoria, todo se entorpece con los padecimientos corporales. He aquí otra poderosa razon que impele á estudiar los medios de conservar nuestra salud.

Si acaso hemos insistido demasiado en demostrar la importancia de la higiene, es porque deseamos ser útiles á nuestro pais, en donde, pasando de un extremo á otro, se cultiva hoy casi exclusivamente la inteligencia con menoscabo del cuerpo y de ella misma. Se cuida de

enumerar las ciencias que deban aprenderse, las horas que se hayan de ocupar en el estudio, y no investigar los ejercicios mas convenientes para el desarrollo del cuerpo, ni menos se señala el tiempo que debería uno emplear en ellos.

Todos los pueblos sábios han estado de acuerdo en el interes que presenta esta ciencia, y salen por garantes de esta verdad los usos y costumbres de ellos y las leyes que protegían ciertas prácticas saludables. Mas hoy los gobiernos, mirando su bien particular, y olvidándose del general, no cuidan de robustecer las generaciones, y parece que se complacen en verlas abatidas fisica y moralmente.

Finalmente las religiones y en especial la cristiana, que no ha olvidado nada de lo que podía hacer feliz al hombre, tienen muchos preceptos cuyo objeto no es otro sino la salud de sus sectarios.

Alguno creerá acaso que los elogios que hacemos á esta ciencia son exagerados: se equivoca, y diariamente tenemos pruebas indudables de sus ventajas. ¿Quién es el que no ha visto á una persona destruída por una enfermedad ó por desórdenes de todos géneros, volver por su medio á adquirir la salud que creía perdida para siempre? ¿Quién el que no ha sentido en sí mismo los resultados de un desorden, en sus costumbres ó en sus hábitos? no necesitamos otra prueba: sin embargo, un hecho entre muchos llama la atencion, y no podemos ménos de referirlo, para concluir, por el interes que presenta.

Luis Cornaro veneciano, de una familia distinguida y poseedor de bienes de fortuna considerables, nació en 1467; de una constitucion débil, y entregado desde su juventud enteramente á la disipacion y al ardor de las pasiones, su salud se destruía de dia en dia, y se vió atacado de largas, frecuentes y dolorosas enfermedades: en vano le aconsejaban los médicos la templanza, como el único medio de salud, hasta la edad de cuarenta años, en que encontrándose en un estado deplorable y amenazado de una muerte próxima, resolvió someterse á una excesiva sobriedad. Redujo su nutricion, á la cantidad de doce onzas de alimentos sólidos y catorce de vino por dia, eligiendo entre aquellos los que su estómago digería mejor. Cornaro mismo se admiró de la rapidez con que se restableció su salud, hasta entónces lánguida, en el espacio de algunos meses, en los que quedó libre de todas las enfermedades que lo habian atormentado. En lo de adelante, libre de padecimientos, completamente feliz y dedicado á las bellas artes y otras ocupaciones agra-

dables, vivió cincuenta y nueve años despues de su feliz resolucion, habiendo escrito al fin de su vida varios tratados sobre las ventajas de la vida sóbria: murió el 26 de abril de 1566, de noventa y nueve años de edad. ¿Quién se atreveria á negar la benéfica influencia que tuvo sobre Cornaro la observancia de las reglas de la higiene?—RR.

ISIDORO LOWENSTERN

Y SUS MEMORIAS SOBRE MÉXICO.

Es liigt der Selave...
Miente el Esclavo...
Coxemauns.

No os parece, carísimo lector, que es un absurdo imperdonable el confundir, aunque solo sea en el nombre, al humilde pintor de friosos y fachadas, con el ingenioso artista, que estudiando continuamente la naturaleza, la retrata en un pulido lienzo, cuya contemplacion nos arrebatara luego, y engendra en nuestras almas varias y delicadas sensaciones? Esto no obstante, el comun de las gentes suele dar á entrambos individuos el nombre de Pintores, con notorio agravio de la sana razon.

Pues igual injusticia se comete, en mi humilde concepto, apellidando indistintamente viajeros á todos los que viajan, pues si bien se mira, viajeros hay como Winckelmann, Forster, Heinse y Humboldt que en su linea pertenecen, por decirlo así, á la verdadera clase de pintores, puesto que han demostrado con sus obras, que supieron estudiar con fruto la naturaleza y la especie humana, al paso que existen otros, y no son pocos, que á semejanza de los pintores de brocha, tan solo saben pintar de blanco lo que era negro y mas frecuentemente lo contrario. Nuevo linage de correvediles son estos, que hacen profesion de traer y llevar nuevas, unas veces demasiado añejas y otras falsas.

Pero volviendo al simil; á mi al ménos me parecerá siempre una profanacion el confundir á madama Stael, ó á Lady Montagne con madama Calderon, y sobre todó á Humboldt con Isidoro Lowenstern.

Si es cierto que una obra es el mejor retrato de su autor, yo tengo para mí que este ha de ser igualmente parecido á aquella; lo cual digo, porque si solamente en extracto he leído las consabidas *Memorias*, en cambio conocí personalmente á su autor.

Mas ¿cómo sucede que casi nadie conoció en

México á tan espantadizo frison? ¿Viajaba por ventura en caballos encantados como Fausto y Mefistófiles ó tan espiritual era que no se le podia ver ni palpar? A mí me consta, era hombre que media mucho mas de ocho cuartas y ya usted vé, señor lector, que por su tamaño, ya que no por sus tamaños, pudo haber llamado algo la atencion.

Para esplicar por qué no sucedió esto, tengo de denunciar aquí al malévolo que desprestigiaba á mi héroe, y que ni á sol ni á sombra le dejaba, para que algun dia, aunque remoto, llegue á persuadirse de los flacos servicios que le ha hecho en su dilatada peregrinacion.

Pues señor, no fué otro el culpable del menosprecio con que se miró aquí al célebre viandante, que su misero sombrero. Las reacias nevadas y continuas llúvias del Norte de Europa, donde es fama que ladran los perros al sol la tal cual vez que asoma, juntamente con el intenso calor y los aguaceros tropicales, le dejaron tan mal trecho, que solo se habria recuperado de la fiebre amarilla, que ya trajo al pisar nuestro suelo, si á dicha le hubiese dado el vómito prieto en Veracruz. Si al sombrero susodicho, que ya necesitaba para ejercer sus funciones naturales, de que una mano amiga auxiliase sus movimientos por detras, añadís alguna otra menudencia que yo sé y que por elegancia es bien callar, os formaréis tal cual idea de lo que debia interesar el peregrino alemán á todos cuantos con la debida atencion le mirasen, y vendréis en conocimiento de las cartas de recomendacion que á este pais trajo,

¿Mas quién creyera que este colosal anticuario, en lugar de ver y dejarse ver en plazas y mercados, tuviese la inaudita ocurrencia de encerrarse en un cuarto de la posada sita en la calle de Vergara, durante los pocos meses que en México estuvo, á acepillar su sombrero y ensuciar pliegos de papel? Y adviértase que este recoleto, metido todo el dia en su celda, no puede haber formado sino juicios temerarios de los mexicanos, puesto que ni fué jamas admitido en la buena sociedad de estos, ni sabia una palabra de español; por manera que no habiéndonos conocido sino de vista, por decirlo así, afecta haber tenido con nosotros grande intimidad. De viajeros como el susodicho, que aunque visitan países estrangeros, solo se asocian en ellos con sus compatriotas, se mofa el ingenioso Colton con sobrada razon, pues como observa, no consiguen los tales, despues de mil fatigas, sino cam-

biar de clima y meridiano. Hay mas: el carnívoro tudesco, de quien voy hablando, no ha escrito el mismo la obra que bajo su nombre ha visto la luz, pues hablaba tan imperfectamente el idioma francés, que á pesar de la osadia que le caracteriza, no creo se haya atrevido á escribir en esta lengua un párrafo siquiera destinado al público. ¿Qué crédito, pues, merece una obra en que se juzga magistralmente á toda una nacion y á sus mas distinguidos ciudadanos, con una severidad de que apenas hay ejemplo, y cuyo autor ignoraba de todo punto la lengua del pais que ha querido malignamente infamar, que tan solo ha permanecido en él unos cuantos meses, y esto sin haber tenido en todo ese espacio de tiempo comunicacion alguna con los nacionales? Las „*Memorias de un viajero*” han sido redactadas en pais extraño por algun individuo que probablemente sabia ménos todavia de lo tocante á la nacion que describió en su gabinete allá en Paris, que el celeberrimo austriaco que le dió el tema y que encerrado constantemente en su aposento de la calle de Vergara, solo podia saber por induccion si hay ó no ratones y pulgas en las posadas de la capital de esta República.

Tanto como el infame pintor Waldeck, que tambien blasona de observador y de politico, ha mentido en sus fantásticas descripciones arqueológicas, (y es mucho decir) tanto así ha abusado de la verdad el austriaco en sus apasionadas relaciones.

A propósito de Waldeck, es decir, de ese miserable metesillas que por un par de pesos, hermosos geroglíficos! consentia en estar horas enteras sin moverse, cuando se daba en nuestro teatro el *Don Juan*, ópera en que hacia el difícil papel de estatua: quiero contar aquí un rasgo suyo por extremo característico, y que segun creo es ignorado. Refiriendo cierto dia á un amigo suyo como habia acompañado á Egipto á Bonaparte, y llegando á la descripcion de la batalla de las pirámides, en que pretende haberse hallado, dijo: „así que dió el general varias disposiciones para el ataque, se acercó á mí y poniéndome suavemente la mano en el hombro dijome: „Waldeck! je compte sur vous!!!” Pues este mismo individuo, que solo es capaz de engañar á los que no le conocen, cuando se escape de su boca ó su pincel un rasgo de verdad, es miembro de algunas sociedades científicas de Europa, merced á una obra en que ha estampado sus *pesadillas* arqueológicas.

Pero volviendo á mi tudesco, es obligacion mia imponer á los lectores de lo que acerca de él decian y pensaban los poquimos estrangeros que le conocieron. Aseguraban algunos fisonomistas que es de estraccion hebrea (tal vez el judío errante); otros, no sé con qué fundamento, querian que fuese bastardo de un baron Aleman, y yo juzgando por los hechos y siguiendo el proverbio alemán que dice „los pensamientos son libres de derechos.” (*Gedanken sind zollfrey*), me inclino á creer que los unos y los otros pueden tener razon.

Haciendo á un lado la genealogia de tan Santo Varon y pasando al tono serio, pregunto: ¿podrá ser imparcial al tratar de una República del nuevo mundo, un miserable esclavo, nacido en un pais tan despótico como la misma Rusia, que es cuanto se puede exagerar? Esto no lo digo yo, sino viajeros de diversas naciones que han recorrido últimamente los dominios de Austria, y que ademas describen de tal modo la miseria, el atraso, en suma, la infeliz situacion de la Hungria, la Bohemia y otras provincias del imperio austriaco, que mal que pese al retrogrado viajero, y por deplorable que fuese nuestra suerte, no la cambiaríamos á fé por la de aquellos pueblos desgraciados, á quienes parece haber negado el cielo aun el bálsamo consolador de la esperanza. El republicano mas indigno siente que su corazon rebosa en hiel, cuando vé que un siervo abyecto, que tales compañeros tiene en su abominable esclavitud, se goza en zaherir á los hijos de un pais libre, que aun en medio de la lucha fratricida y de las turbulencias á que los arrastra el destino comun é inevitable de todos los pueblos de la tierra, pueden levantar la frente y decir con orgullo. „Aunque desgraciados, somos libres, y nuestros hijos serán á un tiempo libres y felices” Posible es que el misionero monarquista ignorelo que en su misma patria acontece, pues es digno de saberse, que en Austria está prohibido que se hable ó escriba sobre el estado del pais ni en bien ni en mal, y que se niega la entrada á toda obra que de ello trata, ora sea escrita por nacionales ó extrangeros.

Los esclavos se regocijan de ver caer á sus semejantes en las redes de la servidumbre; depravada propension es esta de que hasta cierto punto participan los cuadrúpedos, pues todos saben que los hombres que en Asia se ocupan en la caza de elefantes, se sirven de los ya domesticados para atrapar á los demas. Este hecho explica hasta cierto punto la tendencia que es fácil descubrir en la obra, leyendo el extracto analítico que de ella se ha hecho, y no es o-

tra en mi concepto que inculcar la necesidad de una intervencion extranjera en la gobernacion de la República es decir, la intervencion del lobo en un rebaño de ovejas. (*) Además no se necesita cavilar mucho para llegar á conocer que una buena parte de la animosidad del austriaco contra los mexicanos es enteramente artificial y estudiada, porque en efecto, el ménos avisado sabe que no hay medio mas fácil y seguro de congraciarse con los soberanos y las cortes de Europa, (señaladamente con la de Austria que es por excelencia servil y aristocrática) que tirar al degüello á las Repúblicas. Claro está, pues, que Löwenstern espera, y obtendrá probablemente de su gobierno, alguna muestra de agradecimiento por el rabioso empuño que manifiesta en que la Europa nos haga una visita.

Al hablar Löwenstern, ya que no sea el que sobre su tema compuso tan disonantes *variaciones*, de los vicios que en esta ciudad tuvo la perspicacia de descubrir al través de las paredes de su aposento, debió tener presente que la espantosa relajacion de costumbres de la capital de su pais, ha escandalizado á la Europa toda, hace ya muchos años. El que lo dude no tiene mas que leer la descripcion que de Viena hizo Lady Montagne. La palabra *honra*, segun esa ilustre viajera, tiene entre las damas de Viena una significacion enteramente contraria á la que se la da en Inglaterra y aun en el resto de Europa, con la agravante circunstancia de que los inauditos ejemplos de corrupcion que ella menciona, fueron tomados de la clase mas elevada de aquella sociedad; ¿cual no seria pues la de las inferiores? La desmoralizacion de las clases superiores, segun se explica un juicioso autor ingles, es comparable, á aquellos terribles aguaceros que aunque se engendran en las regiones altas de la atmósfera, hacen todo su estrago en las bajas, y frecuentemente las inundan.

Para que se vea aun mas claramente la preocupacion con que el austriaco habla de todo cuanto dice relacion á los mexicanos y á su pais, voy á traducir algunos trozos que estan en perfecta contradiccion con lo que él dice, y son tomados de una obra de bastante mérito, escrita en aleman por C. C. Becher, cuyo título es: „*Mexico in den Ereigniszollen Jahren 1832 und 1833*, ó sea México en los memorables años de 1832 y 1833. Esta obra que, como se vé, fué

(*) El juicio crítico de la obra de Löwenstern escrito por el Sr. Tornel ha circulado tanto y su publicacion es tan reciente que me ha parecido excusado el insertar aquí de nuevo los párrafos de dicha obra á que hago alusion.

escrita algunos años hace, es enteramente desconocida entre nosotros, acaso por el idioma en que está.

Comenzaré mis extractos, que protesto abreviar cuanto sea dable, dando la descripcion que Becher hace de la ciudad de Veracruz, pues conjeturo que por aquí empieza á desahogar su *espacioso buche* Löwenstern.

Hablando Becher de dicha ciudad, cuyo solo aspecto dió desde luego en cara á Löwenstern, dice: „Pareceme esta ciudad muchísimo mas hermosa de lo que me habia yo figurado, y de un aspecto mas agradable tambien, por su alegre cielo y su claro sol. Las calles son anchas y tiradas á cordel, muchas de ellas espaciosas; las casas hermosas por dentro y fuera, cómodas y construidas con arreglo á lo que el clima exige” etc. etc. etc. Léase la descripcion de Löwenstern, y se notará un contraste inesplicable ciertamente.

Describe en una de sus cartas Becher, las mejoras que ya en 1832 se advertian en cuanto al modo de viajar en nuestro pais, y ponderando las ventajas que deriva Puebla de tener comunicaciones mas seguras y violentas con la capital de la República, pregunta: ¿á quién sino á los extranjeros debe el pais estas ventajas? y sin embargo se les odia en Puebla (1832). Con todo, *tambien entre nosotros se han visto cosas semejantes.*”

En una escursion que el propio autor hizo á la Ferrería llamada el *Sitio*, tuvo ocasion de visitar una hacienda de azúcar, con cuyo motivo hace presente que este pais ofrece una prueba de que tales haciendas pueden ser perfectamente cultivadas por trabajadores libres, y luego dice: „Sean pues cuales fueren los defectos de la constitucion de México, en una cosa es superior á la decantada norte-americana, conviene á saber: en que acáta los derechos del hombre y no tolera ningun género de esclavitud. Grande placer recibí mi alma, (continúa), al ver como se presentaban centenares de hombres libres á recibir la compensacion de su trabajo, pues era justamente dia de raya en la hacienda de que hablo.”

Al referir el asesinato que cometió un criado en su amo, que era extranjero, se espresa Becher en estos términos: „Lo que probablemente indujo al criado á perpetrar el crimen, fué el temor que le sobrevino de ser luego descubierto, pues absolutamente tuvo parte la política ni el fanatismo, sino únicamente el deseo de robar.” El desgraciado amo entró en su casa á la sazón precisamente en que se estaba cometiendo el robo. „Por horroroso que este

caso parezca, *no puede negarse que tambien entre nosotros han ocurrido sucesos semejantes*, y además, la general indignacion que ha excitado, demuestra que aquí (Veracruz) son raros.”

En otra de sus cartas habla Becher así: „Mañana parto de esta famosa ciudad del Nuevo Mundo, á la cual llegué hace año y un mes.... Muchas cosas nuevas y curiosas he tenido oportunidad de observar aquí, he renovado algunas amistades, contraído otras nuevas, he sido recibido en todas partes con tal cortesania, y se me ha tratado con tal bondad, que jamas se borrará de mi alma el grato recuerdo que en ella está grabado. Ni del pais, ni de sus habitantes, tengo pues que quejarme, y si únicamente de los acontecimientos, los cuales penden de la suerte.”

Refiere el mismo escritor, en una de sus primeras cartas, que á su venida de Veracruz á esta capital, encontró en el camino á un regimiento de infanteria, que se dirigia al citado puerto, y cuyo equipo y apariencia, segun él dice, no eran de lo mas brillante, pero añade luego: „No quiero juzgar precipitadamente, ni tampoco deducir falta de valor de la parcial carencia de calzado, etc. etc.”

No es por cierto Becher de los que neciamente intentan desfigurar á los héroes de nuestra gloriosa independencia, y disminuir su acrisolado mérito. Hablando de ellos se espresa de este modo: “En la historia de este grandioso acontecimiento (la emancipacion absoluta de México) no faltan ejemplos del mayor desprendimiento y la mas sublime generosidad, ni tampoco rasgos comparables con los mas bellos que la historia ha conservado, y que darán algun dia á México una gloria que las pasiones, no amortiguadas aun le quieren disputar. ¿Qué hay de mas sublime, que denote mayor grandeza de alma y un desinterés mas patriótico que el proceder de un Bravo y la vida de un Victoria?” En seguida pasa el autor á describir menudamente la heroica accion del general Bravo con los prisioneros españoles, y las inauditas penalidades y sacrificios del general Victoria, durante la obstinada lucha de la independencia, y concluye así la carta. “Otro sublime rasgo he de contaros, que con tanta ménos razon debo omitir, cuanto que concierne y honra al bello sexo. La Señora Rayon tenia tres hijos, que en calidad de generales servian entre los insurgentes y que pelearon con grande valor contra los dominadores. La madre y uno de ellos cayeron en manos de los españoles, quienes la propusieron escribiese á sus otros dos hijos, (que á la sazón defendian

tenazmente un punto fortificado) para que lo entregasen, pues así y solo así salvaria la vida del hijo que con ella habia caído prisionero. A semejante proposicion contestó la digna matrona con la grandeza de alma de una espartana. “Que no queria comprar la vida de uno de sus hijos con la infamia de los otros dos;” y vió en seguida fusilar al desventurado hijo con indecible dolor, mas con firmeza heroica.”

Terminaré este cansado artículo advirtiendo no se crea, por los sucintos extractos que acaban de leerse, que las cartas sobre México por C. C. Becher, son un panegirico de los mexicanos.—Nada ménos que eso; contienen críticas justas así como otras fundadas en gravísimos errores; pero se echa de ver muy fácilmente, leyendo la obra entera, que ni en estos ni en aquellas ha tenido parte el odio á esta nacion ni á sus instituciones democráticas, que ha guiado la maligna pluma de algunos menguados escritores.—MALA-ESPINA Y BIEN-PICA.

ENTOMOLOGÍA.

LAS HORMIGAS.

EL instinto, voz vaga, fútil, que nada significa, y que ha sido ridiculizada por muchos filósofos, he aquí la causa que se nos quiere dar de los fenómenos que nos presentan los animales irracionales en varias funciones de su vida. Si preguntamos ¿por qué la primera vez que en su vida un gato ve á un raton ha de cazarlo? se nos contesta que por el instinto; si nos admira ver que cuando un gavilan pasa gritando sobre algun gallinero, las gallinas tiemblan y corren á esconder sus hijos, como si supieran que les amenaza un inminente peligro, se nos esplica esto, diciendo que el instinto les enseña que aquel pájaro apetece la carne de sus polluelos; y si nos sorprende ver que un asno que ha vivido algunos años bajo la férula de su amo, y lo deja de ver algunos dias, lo descubrirá entre mas de cien personas, aun cuando se disfrace, y lo acariciará, se nos dice que este animal obra únicamente por instinto. La dificultad aumenta cuando oimos definir al instinto, diciendo que es el sentimiento y sagacidad natural de los animales; pues si se pregunta cual es la causa de esta sagacidad, se nos contesta que el instinto. Para mi es muy probable la opinion de los que admiten en los irracionales un alma, no idéntica, pero algo semejante á la nuestra; y así ya se puede com-

prender la causa de los fenómenos que observamos en los animales.

Entre todos los seres irracionales que pertenecen al reino animal, acaso no hay uno que presente fenómenos mas curiosos que la hormiga, insecto despreciable á la vista, que vemos por el suelo y alguna vez hollamos con desden; pero que ha sido admirado por muchos sabios desde la mas remota antigüedad, y elogiado en el libro sagrado de los proverbios por el rey Salomon, que lo presenta al perezoso como un modelo de sabiduría, por su laboriosidad y su prudencia. Este admirable insecto ha sido observado con una paciencia infatigable por muchos naturalistas, que nos han dado relaciones tan exactas de los trabajos, economía y modo de vivir de estos animalitos, como si hubiesen habitado con ellos las ciudades subterráneas en que moran.

La hormiga, segun el sistema entomológico del ilustre compañero de Cuvier, Mr. Latreille, pertenece á la orden de los *hymenópteros*, que es la novena de la tercera clase de dicho sistema. Se distinguen las hormigas, en machos, hembras y neutras, ó que no presentan caracteres que den á conocer su sexo. Los machos y las hembras tienen alas y las neutras no; éstas y las hembras tienen un aguijon oculto, con el cual algunas especies de hormigas dan un piquete que causa irritacion en la parte herida, y en algunas personas hasta una fuerte calentura. La hormiga, esprimida, produce un jugo, del cual por un proceder químico se estrae un ácido, que se ha llamado *fórmico*, del nombre latino *formica* del insecto. Se numeran mas de ciento veinticinco especies diferentes de hormigas.

Lo único que de un hormiguero se presenta á la vista, es una pequeña prominencia en el suelo, formada de arena, y cubierta con pedrezuelas porosas. Desde aqui se comienza á observar la admirable industria de la hormiga: dándole una figura cónica á esta pequeña montaña, hace que el agua llovediza resbale perfectamente; y estando compuesta de arena y cubierta de pedrezuelas porosas, logra que la poca agua que debe resumirse, quede absorbida por la arena y pedrezuelas. Se dice que las hormigas tienen un conocimiento exacto de la proximidad de la lluvia, acaso por la humedad del aire, y se las vé en esta circunstancia afanosas acarrear multitud de pedrezuelas con que tapan perfectamente el agujero que dá entrada á la ciudad.

El interior de un hormiguero, es un espectáculo que verdaderamente sorprende á cual-

quiera. Se vé allí una ciudad perfectamente construida, con sus calles que conducen, ó á diversos almacenes abundantemente provistos de toda clase de viveres, ó á los nidos, ó á depósitos en que se conserva lo necesario para reparar los deterioros de la ciudad. Para la construccion de ésta, y abastecimiento de los almacenes, estan distribuidos los trabajos entre las hormigas: unas se ocupan en edificar; lo que ejecutan formando las paredes con tierra húmeda y que dejan secar, y con pedacitos de palo que calafetean con una especie de baba que arrojan; otras introducen al hormiguero cuanto se necesita en él; unas veces se las vé arrastrando un palito, otras una mosca muerta, y no pocas se admira ver conducido un gusano de tres ó cuatro pulgadas por quince ó veinte hormigas, por espacio de treinta ó cuarenta varas hasta el nido. Entre estas, algunas tienen únicamente el oficio de exploradoras: se esparcen por todos los lugares vecinos á solicitar una buena presa, y cuando encuentran una pera podrida, un trozo de carne corrompida, ú otra cosa semejante que puedan desmenuzar fácilmente y llevar á sus almacenes, al punto regresan á participarlo á sus compañeras, y una expedicion de cuarenta ó cincuenta parte al lugar señalado, y allí dividen la presa en partes pequeñas que puedan llevar, y lo que no pueden dividir en partes regulares lo comen allí mismo. Ha sucedido en algunas haciendas desaparecer en ménos de un mes tres ó cuatro cargas de trigo que se han ido á encontrar en un hormiguero.

Un naturalista frances opina que las hormigas van arrojando por donde pasan una cantidad imperceptible de baba, que ellas reconocen perfectamente por el olfato, la cual les sirve de vereda para regresar á su morada; y en confirmacion de ello dice haber observado que pasando fuertemente el dedo por una pared por donde habian transitado unas hormigas, cuando volvieron se hallaron muy perplejas de pasar por allí. Sea de esto lo que fuere, es muy creible que se valen de algun medio para reconocer el camino que las debe guiar á sus nidos, pues algunas veces se apartan de ellos 400 ó 500 varas, que son como para un hombre 30 ó mas leguas.

Los entomólogos modernos, contra la opinion de los de mas de veinte siglos acá, dicen que es falso que las hormigas abastecen sus almacenes de viveres para el invierno; porque en esta estacion permanecen en un estado de sueño ó letargo continuo.

La reproduccion de las hormigas es una co-